

R.4479

SOCIEDAD ARTE ESPAÑOL

AÑO XI
NUM. 91
MAYO 1913

PROGRAMA
REVISTA

Función para el Viernes 23 de Mayo

TEATRO DE LA COMEDIA

PROGRAMA

- 1.º Sinfonía por el sexteto.
- 2.º La comedia en tres actos y en prosa, original de los señores Paso y Abati, titulada:

EL GRAN TACAÑO

REPARTO

Luija	Srta. Boto.	El Barón de Fuente Se-	
Nieves	• Heredia.	rena.....	Sr. Costa.
Patrocino.....	Sra. Latorre.	Don Facundo.....	• Morillas.
Augusta.....	Srta. Durán.	Amado.....	• Castillejo.
Vicenta	• M. Hurtado.	Ángel.....	• F. de Cuenca.
Fermina.....	• Tuero.	Marcelo	• Linares.
La señora de Palmada.	• Ibarra.	El señor de Palmada..	• Torrijos.
Alejo Redondo.....	Sr. Nández.	Celedonio.....	• Romero.
	Un criado.....	Sr. Romero.	

- 3.º El entremés en prosa, denominado

MENSAJERO DE PAZ

REPARTO

La Marquesa.....	Srta. M. Hurtado.	Bautista.....	Sr. Castillejo.
Beatriz (criada vieja)..	• Durán.	Francisco (idem).....	• Morillas.
El Marqués.....	Sr. F. de Cuenca.	Ramón (idem).....	• Nandez

A las cinco en punto de la tarde.



CRONIQUELLA

«El Centenario» y «En el campo» fueron las dos obras elegidas para la velada del mes pasado en nuestra sociedad. De ellas dos, la verdaderamente de *peso* era la primera y en ella es en la que pusieron más empeño los que trabajaron. Nada hemos de decir aquí de la obra de los Quinteros, no somos nosotros quien para juzgarla. Solo hemos de ocuparnos de ella por cuanto á nuestro juicio ha sido uno de los aciertos, entre los muchos de esta temporada, de que pueden vanagloriarse la Directiva, la dirección de escena y el cuadro artístico de «Arte Español».

¿Qué como estuvieron los actores? No es cosa aquí de regatearles plácemes y admiraciones, hacerlo así equivaldría á enojar á algunos y seguramente á enemistarles con el pobre cronista. Diremos, pues, que todos estuvieron bien y algunos muy bien, entre los cuales descolló la señorita Hurtado.

«En el campo» es bien conocido en la Sociedad. En ella fué estrenada y como hija muy mimada la tiene. No es de extrañar los justísimos aplausos que coronó su representación, en honor del autor y de los in-

térpretes. De estos en primer lugar Nández, muy bien la Srta. Hurtado y el Sr. F. de Cuenca y bien los demás. Castillejo hecho un poeta...

ATHOS.

LA ORACIÓN

(Continuación).

lobos de mar; ahora más que nunca les sienta este calificativo porque sus miradas fieras, sus semblantes descompuestos por el fuego de la discusión les daban un aspecto terrible. Mudo de asombro me quedé sin quitar la vista á los dos marineros adivinando lo que á suceder iba. Así fué, en menos que puede pensarse, se apartaron el uno del otro como movidos por un mismo resorte y salieron á relucir blandidas por aquellas manazas dos facas sedientas de sangre. Quedéme yo sin respiración llevándome las manos á los oídos, como si quisiera librarme tapándomelos de aquel espectáculo. Iban á lanzarse el uno sobre el otro, cuando un cañonazo y el toque de oración con las hermosas notas de la marcha real rasgó el espacio, que como yo, en silencio esperaba la lucha formidable, el momento terrible. Providencial belleza, aquel cañonazo inesperado hizo á ellos y á mí

DEL MADRID DE MIS AMORES

El abuelo de mi tierra.

—¡Jesús, que cara más mona!
¡Bendita la madre sea
de usted, requetepreciosa!
Aunque ya soy viejo, nena,
la ponía á usted un pisito
en el Londres ú en la China,
con muy pocas escaleras,
pa no cansar esos pieses tan dimi-
[nutos.

¡Qué pelo más rubio, niña!
¡Qué boquita! ¡Qué caderas!
¡Qué cuerpo más talladito!
¡Qué andares! ¡Qué garbo! ¡¡Reina!!
¡Con esa cara de imagen
y el pisar d'esa manera,
va usted a hacer brotar más flores
que tiene Valencia entera!
¡¡So... gitana!! ¡¡So... chulona!!
¡¡Soberana!! ¡Mora! ¡Prenda!
Si se restaran los años,
iba usted á ver á este menda
de escolta siempre á su lao
pa que nadie la *octrayera* el paso.

—Se le agradece, abueliyo;
pero es que acaso pudiera
salir alguien al encuentro.

—¡Aunque una brigada entera
fuera la que nos saliese,
yendo este agüelo á su vera
iban á retroceder!

volver la vista hacia el sitio de donde partió. Fué simultáneo el movimiento, los dos marineros dejan caer sus facas de la mano, é inmóviles, con la vista fija en el buque se cuadrán saludando á la bandera que majestuosamente desciende de su palo

Entonces no pude contener dos gruesas lágrimas que brotaron de mis ojos, en tanto que mis piernas temblaban y mi corazón latía acelerado, ante aquel conmovedor espectáculo, é instintivamente me quité mi gorrilla con respeto.

Gentes que como yo presenció la escena, llegaron á tiempo de impedir que reanudaran la lucha. Y mientras se alejaba la barca en que los conducían á bordo escuché cantar una canción gallega al son de quejumbrosa gaita á una mujer; tal vez aquella por quien estuvieron á punto de matarse los dos nobles marineros de mi cuento.

La canción comenzaba así:

*Pobriños los navegantes
que naufragan en la mar,
pobriña de la mi alma
naufragada en el penar.*

CARLOS DE SIERRA.

—¿Del susto?

—¡U de lo que fuera!
 Porque sabrá usted, alma mia,
 que á pesar de los setenta
 que tiene un servidor,
 en cantidad aun me queda
 sangre de nuestros agüelos,
 labia pa las madrileñas,
 mucho coraje en los puños
 para endiñar á cualquiera
 catorce ó quince mamporros,
 y hasta veinte si se terciá.
 Toavía tengo mi estilo;
 entoavía imito al Breva.
 Una guitarra muy mala
 en mis manos s'hace buena.
 Aún sé querer, sé sentir,
 adoro mucho á mi tierra,
 quiero mucho á mis Madriles;
 no pasa una madrileña
 que el agüelo no le diga
 cinco ú seis cositas buenas.
 Cuando hay alegría, canto;
 lloro cuando tengo penas,
 por dinero no me apuro,
 aunque no tengo una perra.
 Con que dígame, bonita:
 ¿acepta usted tan siquiera
 q'esta rosa que aquí llevo
 un servidor se la prenda
 en el pechò?

—¡Vaya que sí!

—¡Así sea!
 Y cuando se le desoje
 ú toda se vuelva seca,

se acuerda usted del agüelo,
 de mi persona, de un menda;
 que yo no me olvidaré
 de una niña madrileña
 castiza, de Lavapiés,
 de andares muy menuditos,
 de carita muy risueña,
 guasona, con trenzas de oro
 y con gracia, pa más señas.
 ¡Conque aburi, niña!

—¡Aburi!

.....
 Cada cual toma su rumbo,
 y al compás que ella se aleja,
 marcha recapacitando
 el abuelo de mi tierra
 y diciendo entre suspiros:
 ¡Quien se quitara cincuenta!

J. RODRÍGUEZ LÓPEZ.

SUELTOS

En el reparto de la función del mes anterior, y por un error al redactar el programa figuraba la señorita Hidalgo, siendo la Srta. Ibarra la encargada de su papel.

Por ser de justicia nos complace-
 mos en hacer esta aclaración.

Después de una ausencia para nosotros larga, motivada por su casamiento, vuelve á acompañarnos en nuestras tareas, tomando parte en la velada de este mes, la antes Srta. Latorre, hoy Sra. de Gallardo.